77

LISARDO EL ESTUDIANTE.

NUEVA RELACION, EN QUE SE DECLARAN los lances de amor, miedos y sobresaltos que acaecieron à este Caballero, natural de la ciudad de Córdoba, y à Doña Teodora, natural de la ciudad de Salamanca.

PRIMERA PARTE.

EScucha, Carlos, mi historia,
si no te enfada el oirla
por lo extraordinaria y larga,
no menos que por prolixa
y triste en su confusion;
pues ella será vestida
de repetidos asombros,
siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo,
Córdoba es la patria mia,
y tierra donde mis ojos
la primera luz veian:
el apellido no es justo
que en público lo repitas;
tú lo sabes, y lo callo
por honor de mi familia.
En esta ciudad criéme
con las costumbres debidas,
y estilos mas bien versados
que hay en la caballería.
Y despues que hube estudiado
hasta la filosofía,

lle-

llegué à la edad mas perfecta
de mis años, pues cumplia
diez y siete primaveras,
quando mi padre sentia
que andaba mal divertido,
conque al instante me envía
à estudiar à Salamanca,
fletándome la partida
con dineros y un criado
que llevé en mi compañía.
Dentro pues de breve tiempo
à los muros dimos vista
de Salamanca, entré en ella,
descansé, y al otro dia
la Universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde Estudiantes concurren
de toda la monarquía.
Tres años cursé las leyes,
siendo rayo en la porfia
de conferir competencias,
dándole à todo salida,
y por esto en la ciudad
todos ya me conocian.
Adquirí muchos amigos
de mi propia gerarquía,
y entre estos mi voluntad
à uno solo preferia,
mi corazon le fiaba,
y él el suyo me ofrecia.
Claudio tenia por nombre,
siendo la amistad tan fina,
que tú por tú nos hablamos:
Claudio una hermana tenia,
llamada Doña Teodora,
de virtudes tan crecidas,
de discrecion recatada.
que de sus ojos las niñas
jamás levantó del suelo,
siempre de Dios asistida.
Robóme su amor el alma,
quedando yerto y sin vida,
desde el punto que la vi:
era una hoguera encendida
mi pecho, un volcan ardiente,
y aunque me hallaba à la vista
de Teodora, nunca pude
hablarle sino por cifras.
Y ella honesta y sonroxada
se hacia desentendida,
bien por temor de su hermano,
ò por rigor de dos tias,
que eran las que la criaron,
y à su cargo la tenian.
Quise pedirla à su hermano,
y me dieron la noticia
de que estaba para monja
dedicada y dirigida.
Apenas tan tristes nuevas
adquirí, quando mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia
desquadernado de insultos,
desvelado de fatigas,
ostinado de congoxas,
en fin sin norte y sin guia,
hasta que tuve ocasion
por una criada antigua
de la casa de Teodora,
que humilde y compadecida
de mí, se determinó
por un postigo que habia,
el darme entrada una noche.
de algun interés movida.
Hizome francas las puertas,
y con huellas no sentidas
armé de valor el miedo,
subí una escalera arriba,
llegué al quarto de Teodora,
y à la luz de una buxía

la vide estar inclinada
à un libro donde leía,
tan embebida en extremo,
que hasta que la sombra mia
la hizo que recordase,
no sintió quien lo impedia.
Quitó del libro los ojos,
y temblando, estremecida,
fue à hablarme, pero no pudo.
Yo entónces: señora mia,
la dixe, no os asusteis,
que vuestro honor no peligra,
que nunca está mas guardado
que ahora, que lo cobija
sangre noble; mas no es tiempo
de que mi descargo os diga,
quando miro los temores
cercados de mi osadía;
contemplo tambien los riesgos
que os ofuscan y fatigan:
y así disculpe mi arrojo
aquesta llama encendida,
aqueste amor abrasado,
que tanto hácia vos me inclina.
Mil veces mis tristes ojos
os han dado la noticia
que con el alma os adoro,
y à todo desentendida
os habeis hecho, sin dar
señas de correspondida.
Y si al entrar religiosa
vuestra aficion os dedica,
no quiero servir de estorvo,
que en el estado que sigas,
seré gustoso en serviros
con el alma mientras viva,
con pensamientos honestos.
En tanto que le decia
todas estas expresiones,
Teodora volviendo iba
del susto, terror y espanto,
al ayre un suspiro afirma,
y deshojando el clavel
de sus labios, me decia:
ay Lisardo, quién pudiera
à tu amor darle cabida,
sin romper obligaciones
del voto que ya me obliga!
Mira mi recogimiento,
mira el fervor que me anima,
mira tambien la palabra
que à Dios le tengo ofrecida;
y pues eres entendido,
no inquietes la pasion mia.
Para qué hemos de engolfarnos,
donde esperanzas no hay vivas,
sino de muertos deseos?
Y mañana en aquel dia,
sabes que voy à un convento
con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura,
que te pague con caricias:
yo me alegraré que halles
quien à tu afecto se rinda,
quien te llene de favores,
y tus estandartes siga;
que de mí no has de sacar
mas que el serte agradecida.
Y diciendo estas razones,
con ruegos me encarecia,
la dexe sola, y me salga
de la casa, pues sentia
no recordase su hermano.
Viendo que razon tenia,
la obedecí luego al punto:
confuso me despedia;
baxo al jardin, siento ruido
de armas, y que decia
una voz: abrid, matadle.
Tendí la vista, y veía

en la puerta un embozado,
y al ver que no parecia
la criada, presumí
alguna traicion urdida.
Entre confuso y turbado,
con mi espada prevenida
salgo à la calle de un vuelo,
y mi contrario decia:
no es puesto seguro este
para reñir, y partia.
Tiró delante y seguíle,
dispuesto me apercebia,
resuelto à lo que saliere;
y acelerados con prisa
fuimos travesando calles,
y al cabo de ellas habia,
fuera ya de la ciudad,
unas paredes hundidas,
un sitio tan tenebroso,
que horrorizaba aun de día.
Allí se volvió, y me dixo
con voz profunda y sentida:
aquí han de matar à un hombre,
Lisardo, enmienda tu vida,
repara bien lo que haces,
y no vivas tan aprisa.
Esto dixo, y al instante
como sombra obscurecida
desapareció. Ya puedes
ver cómo yo quedaria,
dexándome tan helado,
que allí acabara la vida,
y juzgo me hallaran muerto,
si la clemencia divina
no me hubiera dado esfuerzo.
O Providencia infinita!
quál es la misericordia
de tus entrañas benignas;
pues sin bastarme los brios,
mi cuerpo en tierra caía,
desaliñado el semblante,
interpolada la vista,
angustiado el corazon,
que en los temores la prisa
siempre ha sido perezosa.
Mas cobrando nueva vida,
desamparé poco à poco
el puesto de mi ruina.
Vuelvo à la ciudad pasmado,
las sombras me estremecian,
y por si siguen mis pasos,
volviendo siempre la vista.
Todo cubierto de sombras,
con mortales agonías,
de mi posada las puertas
toqué, y de pronto me abria
mi criado, y conociendo
quán sobresaltado iba,
preguntándome la causa,
de todo le di noticia,
por tener de él confianza,
que las penas repetidas
comunicadas son menos,
si hay quien ayude à sentirlas.
En fin pasé aquella noche
con desvelos; y à otro dia
Teodora entró en el convento
con la ostentacion debida,
con el honroso aparato
que la ocasion requeria.
No quisiera ser molesto,
pero tu atencion me obliga:
perdóname, amigo Carlos,
mi dilatada osadía,
que aquí cesa aquesta historia,
mientras que se fortifica,
y corrobora el discurso,
para que adelante siga
con segunda relacion
de otras penas mas crecidas.

F I N.

SEGUNDA PARTE, QUE REFIERE, COMO IBA LISARDO à sacar del convento à Doña Teodora, y viendo hacer sus propias exêquias, se retiró à hacer penitencia.

SUpuesto que la licencia
me tienes ya concedida,
Carlos, escucha hasta el fin
lo que una pasion motiva.
Despues que hubo Teodora
logrado tan santa vida,
y estado de religiosa,
ya en la clausura metida,
yo refrené mis pasiones,
modesto anduve unos dias,
disimulando mi pena.
Le hacia algunas visitas,
ya en público, ya en secreto;
pero con tal modo iba,
que jamás causé recelo
de las sospechas antiguas.
Cansado ya de aguardar,
mi pasion me precipita,
interponiendo papeles
que à Teodora le escribia.
Quatro meses se pasaron,
reiterando esta porfía,
hasta que tocó el demonio
el clarin de la lascivia,
que con espanto y denuedo
dexó à Teodora vencida,
toda embebida en deseos,
toda en celos sumergida,
y otras muchas apariencias
que el demonio le ponia,
y sin poder reportarse,
me llamó y me dixo un dia:
Lisardo mio, ya ha tiempo
que me tienen tan sin vida
un exército de celos,
un tropel de ansias prolixas,
un lago de pensamientos,
que aunque quiero, no soy mia.
Tan tuya me constituyo,
que si tú te determinas
à sacarme del convento,
sin que el temor lo resista,
sin que el pundonor lo estorve,
me arrojaré compelida
à los lazos de tu amor,
y hallando en ellos cabida,
trataremos nuestras bodas,
ofreciéndote la vida,
y mi mano juntamente,
que es el triunfo de mis dichas.
Le respondí: dulce dueño,
amada prenda querida,
no quiero morir, creyendo
con el donayre y la risa,
que me quieres engañar.
Teodora me respondia:
no es engaño, no por cierto,
sino que tu cobardía
busca ya desaguadero
para olvidarme. Y aplica
un lienzo blanco à sus ojos,
que rasados los tenia
en lágrimas; y entendido
de que no era fantasía
ni sueño lo que escuchaba,
le dixe: Teodora mia,
desde luego me consiento
en hacer quanto me pidas,
sin que riesgos me acobarden,
aunque perdiera mil vidas.

En

En fin trazamos el modo,
de que una noche yo habia
de ir à escalar el convento,
y ordenar nuestra partida.
Llegó la aplazada noche,
que no tardó su venida,
me armé lo mejor que pude,
y sin llevar compañía,
tocando el relox las doce,
sin advertir las ruinas
y desdichas que me aguardan,
al monasterio partia.
Llegué à las últimas calles,
donde asombrado me habia
la primera vez, y apenas
llegué, como que sentia
un silencioso ruido
de gente que ya venia
siguiéndome las pisadas.
Pero andando à toda prisa,
alargué el paso, y quedéme
oculto tras de una esquina.
Y al emparejar conmigo,
uno en alta voz decia:
si ese es Lisardo, matadle;
muera, muera, repetian.
Moviendo un tropel de espadas,
oygo una voz compasiva,
que decia: ay que me han muerto!
y luego al punto partian
huyendo los agresores,
y en silencio ensordecida
quedó la calle, y quedé,
que el alma se me queria
del susto salir del cuerpo,
y de miedo que tenia,
pues propiamente yo era
aquel à quien muerto habian
à cuchilladas; no obstante,
con la obscuridad que hacia,
eché à andar, y à pocos pasos
vi un muerto, cuyas heridas
estaban vertiendo sangre.
Aquí ser verdad creía
lo que juzgaba era sueño,
que en el sitio aquel habian
de matar à cierto hombre;
y mas quando precedia
verme en tanta desventura,
con la lengua enmudecida,
con los pies casi travados;
quise huir y no podia,
quando miro de repente,
que un grande tumulto iba
acercándose hácia mi.
Dixe: si esta es la Justicia,
y me halla un muerto entre manos,
por mas que yo me desista,
me ha de dar muerte afrentosa,
sin tenerla merecida.
Temeroso pues de dar
en semejante ruina,
escapé, Dios sabe cómo;
y yendo à darle noticia
à Teodora de este asombro,
de este aviso que me habia
hecho tragar tantas muertes,
sin tener mas que una vida,
quando de impensadamente
las campanas se tañian,
con tan lúgubres clamores,
que en altas voces publican
la muerte del desdichado.
Y mas novedad me hacia
oir tan general doble
à tal hora, pues indica
ser el muerto un gran sugeto.
Llegaba casi à dar vista
al monasterio, y escucho
que por la calle vecina
se

se oyen funerales voces
de un entierro que venia.
Encúbrome en un portal,
y vi pasar en dos líneas
un grande acompañamiento
de Eclesiásticos que iban
puestos de sobrepellices,
con sus hachas encendidas,
con su cruz y manga negra,
y à ninguno conocia.
Vi à la postre que llevaban
entre quatro (qué fatiga!)
en un pavés à un difunto,
que una vayeta cubria.
Acabaron de pasar,
y como me perseguian
à un tiempo tantos asombros,
ya de puro miedo hacia
valor, algo recobrado;
y ya que llegando iban
al monasterio, reparo
que en la iglesia se veían
entrambas puertas abiertas,
con mil luces encendidas,
y todos se entraron dentro.
Aquí ya despavorida
la mente, consideraba,
de que si atrás me volvía,
aun mas peligros me estaban
amenazando la vida.
En fin mas muerto que vivo,
con la sangre helada y fria,
llegué tambien à la iglesia,
donde tragando salivas
estuve à la puerta un rato,
si entraria ò no entraria.
Despues que al difunto cuerpo
en medio puesto lo habian,
cercado de muchas luces,
le oí cantar la vigilia,
y dixe: en cantos tan santos
no puede haber fantasía
de apariencias ò visiones;
conque à entrar me resolvía.
Lo mas secreto que pude,
entré, y con agua bendita
signándome muchas veces,
ni un Pater noster podia
rezar, à causa que tantos
en mi pusieron la vista.
Ya que nadie me miraba,
con recato y cortesía
le pregunté al mas cercano
de los Cantores que habia,
que quien era aquel difunto?
Un suspiro dió, y decia:
es Lisardo el Estudiante,
de quien podeis dar noticias
vos, como que sois el mismo.
Aquí sí me acometian
los verdaderos temores:
aquí fueron las fatigas,
aquí fue el tentarme el pecho,
por si herido lo sentia,
como suele acontecer;
y à preguntarle volvia
à otro, à ver si concòrdaba.
Lo mismo me respondia;
à lo qual les repliqué,
mirasen lo que decian,
à los dos, que se engañaban,
que yo de cierto sabia,
que no era Lisardo el muerto.
Aun acabado no habia
de decir estas razones,
quando aquel que presidia,
puesto en pie, dió una palmada,
y por todos respondia,
diciéndome: caballero,
quantos están à tu vista,
son

son Almas del purgatorio,
que ayudadas y asistidas
de la oracion y limosna
de Lisardo, agradecidas
hemos venido à enterrarle,
y à corresponder benignas,
pidiendo à Dios por su alma,
que de presente se mira
en duda su salvacion,
y en grande riesgo metida;
y pues vos nos impedís,
los oficios no prosigan,
que así vos lo perdereis.
Apenas esto decia,
quando matando las luces,
todos desaparecian.
Caí desmayado en tierra,
y aunque casi muerto, oía
las divinas amenazas;
quando en mi acuerdo volvia,
incliné al cielo los ojos
ante Dios por mi osadía,
diciendo: Señor, conozco
el mal exemplo y doctrina
que he dado en tu santa casa;
mas por tu bondad benigna
propongo de aquí adelante
enmendar mi mala vida.
Bien conozco que à ofenderos
mi vil pasion me encamina;
mas vuestra misericordia
de instante à instante me avisa,
à cada paso me llama,
y yo ciego en mi porfía.
Ea, Dios mio, amparadme;
y entre angustias y fatigas,
asido de las paredes,
de la iglesia me salia.
Quando ya me vi en la calle,
como que no lo creía,
y triste y muy pesaroso
fui à mi casa, y repartia
dineros, joyas y halajas:
la ropa de mas estima
la regalé à mi criado,
y abrazándole, decia:
ea leal compañero,
Lisardo perdió la vida,
yo propio lo vi matar,
que te daré señas fixas;
yo le acompañé en su entierro,
yo asistí mientras se hacian
sus exêquias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
ya no nos veremos mas,
que voy à hacer nueva vida;
para salvarme me aparto,
porque ya Dios me destina,
donde he de hacer penitencia
lo restante de mi vida.
Mañana irás al convento,
dando à Teodora noticia,
dirás lo que me ha pasado,
que reflexîone su vida,
y que me encomiende à Dios,
que todo el tiempo que viva,
no me verán mas sus ojos.
Con lágrimas repetidas
estas razones le dixe
por última despedida,
quedando el triste criado
tan asustado, que hacia
estremos de sentimiento,
quando vió que me partia.
El señor que nos defienda
de tentaciones nocivas,
y de los lazos del mundo,
porque al partir de esta vida
subamos todos triunfantes
à la patria esclarecida.

F I N.